

molde de la parábola evangélica. De hecho, en esta obra se esconde mucho de su propia experiencia, de su niñez: su padre, profesor de derecho, descendiente de hugonotes; su madre, descendiente de una familia de funcionarios jurídicos católicos, una familia medio burguesa esclava del orden, etc.

El autor se permite varias licencias respecto al relato de Lucas. Introduce así dos personajes nuevos: la madre, más comprensiva, acogedora, preocupada y un hermano menor, inquieto y rebelde como el pródigo, que acabará saliendo a vivir las aventuras a las que el pródigo —volviendo a casa y sometiéndose de nuevo— ha renunciado. El padre queda muy desfigurado, una figura pálida, sometida al criterio del hermano mayor, paladín y teórico del orden (idea obsesiva en la obra de Gide).

En ciertos temas la novelita de Gide se aparta muchísimo del relato lucano. El regreso del pródigo no es verdaderamente gozoso, no es festivo; es más bien resignación, derrota, fracaso aceptado de la aventura que se rinde al orden sin riesgos de la burguesía. Pero, aunque ciertamente la obra se aleja sensiblemente del sentido cristiano del texto (no olvidemos que las obras de Gide fueron incluidas en el *Índice* de libros prohibidos poco después de su muerte en febrero de 1951), se perciben destellos interesantes para una lectura espiritual de la misma. Quizás es que el relato de Lucas, en su sencillez, es tan hondo, tan eterno, tan hermoso que es difícil abstraerse del mismo a la hora de versionarlo. Basten dos ejemplos: la figura de la madre recoge algo de lo que le falta al padre de Gide. Es la acogida, la ternura, la misericordia. Quizás es que en el padre de Lucas estaban asumidos esos rasgos maternos (como Nouwen supo ver en las dos manos del cuadro de Rembrandt). En segundo lugar, no está tan lejos de lo cristiano la contraposición amor-orden que hace el autor. El hermano mayor *prefiere al amor el orden* (p.15). Quizás en un cristianismo aburguesado (con sus luces y sus sombras) la identificación entre ambos conceptos era evidente; en la plenitud del mensaje cristiano no lo es tanto. En este sentido, esta obrita influyó incluso en Rilke (admirador y traductor de Gide), quien reivindicó la misión de los hijos pródigos que huyen del orden y la mediocridad para ser libres o bien, como en el caso del pródigo de Gide, fracasados.

Hoy es casi una moda (un género literario) el comentar el relato de Lucas. Recuérdense los textos de H. J. M. Nouwen (*El regreso del hijo pródigo. Meditaciones ante un cuadro de Rembrandt*, Madrid 1994), de A. Pronzato (*El abrazo del padre*, Santander 2003) o de M. Rupnik (*Le abrazó y le besó*, Madrid 1997). Quizás, con cierta precaución, pero con deleite literario, se pueda sumar el título de Gide a esa lista.—FERNANDO MILLÁN ROMERAL.

GESCHÉ, ADOLPHE, *Pensées pour penser. Tome 2, Les mots et les livres suivi d'un rentretien avec Hector Bianciotti* (Ed. du Cerf, juin 2004), 152p., ISBN 2-204-07247-8.

Leemos en la contraportada: «este libro quiere ser un himno a las palabras y los libros», y ciertamente lo es. Un himno a una pasión declarada: las palabras, una meditación muy personal sobre los libros «festín de hombres, como hay un festín de dioses». Es un breve texto, segundo tomo (primero: *El mal y la luz*) de la colección *Pen-*

*samientos para pensar*, que en la línea habitual de Gesché oscila entre la teología y la literatura. Quiere hacer pensar, reflexionar, pero a ratos el lector tan sólo puede empaparse de palabras exquisitamente escogidas.

La falta de discurso de este libro lo convierte especialmente en una invitación al ritmo hímico que el autor desea. Comienza con una introducción en la que, sin ocultar ni una mota de su intención, otorga valor cuasi-absoluto y por supuesto de condición viviente tanto a las palabras como a los libros. «Las palabras son el Verbo de las cosas, lo que sostiene (*hypo-stasis*) las cosas, en suma aquello que les hacer ser», p.12. «Abrir un libro es muy a menudo recibir la visita de un ángel», p.24.

A partir de constataciones como éstas introduce, junto a reflexiones personales, citas tremendamente diversas en su origen, siendo capaz de pasar de Clemente de Alejandría a Etty Hillesum, del profeta Ezequiel a Virginia Woolf, de Giacomo Leopardi a Virgil Gheorghiu, Heidegger a Marguerite Yourcenar y de *Le Monde* a *Cartas a un joven poeta* de Rilke; con todas estas plumas que en su día rindieron su particular homenaje a las palabras al escribir su pensamiento, se adentra en una especie de espiral que va ensanchándose; podríamos decir que tiene su vértice originario y más estrecho en las palabras. De las palabras pasa a las palabras-cosas, de ellas a nuestras palabras. Dejando las palabras desentraña el nombre y el nombrar, para llegar al lenguaje, que da paso al lenguaje religioso. Y casi como cambiando de nivel hace una incursión en la etimológica y otra en la gramática, desglosando especialmente el verbo y el Verbo.

Dejando las palabras latentes, el autor pasa a introducir la lectura y con ella los libros, la relación entre el autor y su obra, los signos, los textos, los cuentos para terminar con la presentación de lo que hace posible tanto las palabras como los libros: la escritura.

En las últimas páginas del libro está recogida una entrevista-conversación con Hector Biancotti, al que A. Gesché ha citado varias veces como articulista de *Le Monde*. Ambos autores intercambian opiniones en torno al tema «Literatura y teología». Hector Biancotti se ocupa fundamentalmente de ir sacando a la luz, junto a la presente, a anteriores obras de nuestro autor para cuestionarle esa insistencia suya en servirse tan a menudo de citas y reflexiones de literatos «inventores» de la realidad, cuando la tarea de un teólogo tendría más que ver con el saber que con el inventar. Gesché va a insistir en su argumentación a favor de la fecunda articulación entre teología y literatura, pues en las dos hay un elemento central de revelación aunque sea de distinto orden.

Para aquellos que estamos habituados al modo siempre interrogante que Gesché tiene de presentar su pensamiento, el texto que tenemos entre manos no deja de ser una creación distinta. Es una invitación muy agradable a beber al mismo tiempo de muy distintas fuentes, saborear muchas palabras; y si se comparte su pasión lingüística unirse a su himno a palabras y libros sin oponer resistencia ni necesitar definirse demasiado ante tal bombardeo, oferta de citas. Podríamos, si nos sirve, decir que sería como en la música cuando puedes gozar de una melodía sin descifrar todas las notas, o de una canción cantada en una lengua distinta de la tuya. Esto no eximirá al lector de encantarse en algunos momentos moviéndose en terrenos más propios de la lingüística, la filosofía del lenguaje o la teología, pero siempre como insinuaciones o proclamaciones de tono apasionado.—INÉS OLEAGA, aci.